
INTRODUCCIÓN.

Lo que quería y lo que ocultaba la Intervención francesa.—Los verdaderos motivos.—Proyectos gigantes-
cos.—Contradicciones resaltantes.—La empresa se basaba en el hundimiento de los Estados-
Unidos.—Papel que representaba Francia ante el conflicto de esa nación.—Monarquía norte-americana.—Ma-
les de una política sin freno.—Silencio impuesto á la prensa respecto á la cuestión de México.—Lo que
se permitía decir.—Debilitase la Francia con la guerra traída á México.—Preocupación de los adictos
á la política napoleónica.—Esta no se conforma con la separación de España.—El antiguo y el nuevo
régimen en México.—Necesidad de elegir un príncipe extraño.—Probabilidades contra la monarquía
en México.—Aprensiones sobre la división del poder entre el futuro Imperio Mexicano y la Francia.—
Otros motivos de inquietud que se veían con claridad.—Entre ellos se enumeraba la actitud de los
Estados-Unidos y la de Inglaterra.—Conflicto entre los principios de progreso y de conservación.—El
partido liberal mexicano jamás creyó chocar con los franceses.—Anómala unión de los franceses con
los reaccionarios mexicanos.

¿Qué significado tenía la expedición francesa en México? ¿Qué quería y qué
ocultaba? Parecía que Francia no podría contestar á esas preguntas, y que derra-
maba su sangre y la ajena sin saber por qué. Los proyectos de Napoleón eran
impenetrables á la multitud. Se decía que quería imponer en México, el dominio
que había impuesto en Francia; se hablaba de un crédito fraudulento de tres mi-
llones convertido en setenta y cinco, y que el ejército francés venía á establecer
una monarquía austriaca. Los verdaderos motivos consistían en hacer de México
punto de partida para someter un hemisferio, de conformidad con el espíritu bo-
napartista, en el que se abrigaba la quimera de formar el gran imperio napoleóni-
co, imposible en Europa, pero que se creía seguro en América.

Despertadas las ambiciones desmedidas de poder, los espíritus que rendían
culto á las ideas de conquista, veían que la ocasión se presentaba propicia en los
momentos en que sostenían cruda guerra los Estados-Unidos. El gabinete de las
Tullerías no esperó más que la primera noticia del descalabro sufrido por las tro-
pas del Norte, y consideró demasiado ocupada á la gran república para poner obs-
táculo á una empresa bonapartista. Para el gran paso sobre el Nuevo-Mundo, se
consideró á México el mejor punto; se calculaba que no habría ni necesidad de
una larga guerra, estando la clave para vencer al gobierno de México en el puerto
de Veracruz.

Pero ¡cuánta contradicción al lado de tan vastas ideas! se proponían hacer independiente á México sujetándolo al extranjero y dar libertad al sufragio poniéndolo bajo las bayonetas extranjeras teñidas en la sangre de los que no entendían aquella especie de libertad, de la cual había de sacarse una monarquía austriaca y bonapartista. Quería Napoleón abarcar las Américas, la China y el Japón, y desarrollar el antiguo pensamiento de dominio universal; mas para sujetar las democracias hispano-americanas, relacionaba la cuestión de México con la de la raza latina puesta en contacto con los bonos Jecker. El mismo sentimiento de raza y de familia, impulsaba á destruir á los Estados-Únidos; reduciéndose en último análisis el pensamiento de la Intervención, á encadenar á los parientes porque lo eran, y á los extraños porque no había para con ellos los lazos de familia.

La empresa, basada en el hundimiento de los Estados-Únidos por la guerra civil, se reducía á apoderarse de México é imponer tronos á las repúblicas hispano-americanas, extirpando ó abatiendo la democracia en Norte-América, como una necesidad indispensable para el desarrollo de las ideas napoleónicas, del sistema condenado, estigmatizado por la república de Washington, democracia verdadera en la que se estrellaban las máximas del Cesarismo francés, llamado principio del orden y único vehículo para el progreso de las sociedades.

Sentaban como indiscutible los periódicos bonapartistas, que para salvar á México de ser absorbido por los Estados-Únidos, era necesario que otra nación se lo absorbiera. Julio Favre decía: "Yo digo que es preciso negociar en México; ¿y por qué? porque en la situación en que nos hallamos, no se puede hacer la guerra, sino cuando se tienen enemigos. Si no somos partidarios del general Almonte, no tenemos tales enemigos. Sólo tenemos deudores, y éstos quieren pagar. ¿No es evidente que el gobierno ha sido engañado por informes inexactos? Lo que pasa, demuestra que el gobierno que se creía impopular, y al cual sólo bastaría tocarlo para que cayera, tiene sin embargo vitalidad suficiente para haber reunido en torno suyo las poblaciones y habernos resistido."

El gobierno francés, reconoce al del Sr. Juárez para imputarle actos violentos, pero no lo reconoce cuando propone negociaciones; también se le acata para solicitar el permiso de que avancen las tropas aliadas hasta climas saludables, mas no para obsequiar las reclamaciones acerca del amparo que la bandera francesa daba á proscritos y conspiradores; no es reconocido cuando protesta contra la violación del tratado de la Soledad, ni en la solemne proclama de los jefes superiores de la expedición francesa, y sí para oponerse éstos al tratado en que procuraba el gobierno juarista obtener algunos auxilios pecuniarios de los Estados-Únidos.

En este segundo tomo se verá que la cuestión militar queda como el único elemento que resuelve las dificultades con que tropezaba Napoleón III; llega primero el general Douay á reforzar el ejército expedicionario y después Forey y Bazaine; siendo éste el alma de la Intervención, establece la Regencia y la sujeta á un régimen disciplinario, tanto más duro cuanto más necesario le era el apoyo

de la fuerza extranjera, que ya no se cuidó de ocultar los planes que la habían conducido al territorio mexicano.

Los soldados franceses se encontraron en situación difícilísima, por la ligereza y el vértigo de una política sin freno y sin contrapeso; el ejército francés halló guerrillas por todas partes, grandes dificultades para hacerse de provisiones, al grado de haber exclamado el general francés en su proclama: "hemos sido engañados." Esto, que debía servir de correctivo, fué un aliciente para llevar adelante la empresa: "el pueblo mexicano no nos quiere;" pues en vez de cinco mil soldados enviémosle cincuenta mil; lo que equivalió á decir: si nos hemos engañado es preciso hundirnos más y más en la ilusión y en el error, en la falsedad y en la injusticia.

Los partidarios de Luis Napoleón, no pensaron siquiera un momento en los obstáculos con que iba á tropezar en sus planes relativos á México; daban por hecho que los soldados franceses eran invencibles, y hasta se publicó en un periódico la duda sobre si era cierto que hubiese vómito en Veracruz; no parecían preocuparse de los Estados-Únidos, ni creían posible que tan pronto como éstos arreglaran sus dificultades domésticas, se acordarían de la doctrina Monroe y se unirían á las otras Repúblicas americanas para destronar á cualquier monarca que se les impusiera, llevando adelante la gran batalla aplazada entre el republicanismo y la monarquía.

La guerra hecha á México sin otra razón que los proyectos de dominio universal, era nociva para la misma potencia dominadora bajo el punto de vista político y económico. La Francia fué la nación más querida para los latino-americanos; pero en el desarrollo de sus proyectos, Napoleón III se vería precisado á reconocer la nueva Nación de los confederados norte-americanos, y entonces no solamente quedaría amagado de muerte el pensamiento de establecer una monarquía latina y católica, con la cual había de revivir México bajo el protectorado de la Francia, sino que se contagiaria con la vergonzosa plaga de la esclavitud. ¿La Francia podría proteger entre los pliegues de su tricolor bandera, símbolo de libertad humana, una aberración cual era la que pretendían sostener los Estados esclavistas?

Si el Sur hubiese llegado á constituir una nueva República, habría sido un mal para la estabilidad del Imperio mexicano, pues hacía mucho tiempo que los confederados habían demostrado cuál era su moral, cuál su política y su derecho de gentes, con la anexión de una parte de México y las piraterías sobre Cuba y Nicaragua, así como con los programas oficiales del Presidente Buchanan y los proyectos de López y de Walker. El Sur, creado por la fuerza de las armas, hubiera tenido que continuar armado, y los filibusteros y los partidarios de la esclavitud irían adelante, llevando hasta su última etapa la absorción inaugurada en Texas. La República confederada habría demostrado pronto, cuánto se engañaban los que acogieron con alegría salvaje la guerra civil de los Estados-Únidos.

Los bonapartistas festejaron con entusiasmo la derrota de Mac Clellan, por-